

## Cicerón: Del *De inuentione* al *Orator*: la fuente de la persuasión

Bulmaro REYES CORIA

RESUMEN: Cicerón cambia en la madurez su infantil forma de pensar acerca de la invención e incluso desdeña las particiones retóricas, sin embargo permanece fiel a su concepción de orador; aprendió, se convenció y practicó la mejor forma de persuadir: la autoridad moral del orador. Esto se comprueba con el análisis del *Orator* y el comentario de algunos pasajes del *De inuentione* y *De oratore*, así como de *At.*, V, XXI.

\* \* \*

ABSTRACT: Cicero changes in maturity his infantile way of thinking about invention and even disdains the rhetorical partitions, but stands faithful to his conception of the orator; he learned, convinced himself and practiced the best way to persuade by the moral authority of the orator. This is proved by analyzing the *Orator*, and commenting some passages of the *De inuentione* and *De oratore*, as well as *At.*, V, XXI.



Cicerón: *del De inuentione al Orator:*  
*la fuente de la persuasión*

Bulmaro REYES CORIA

1. *Planteamiento*

En los *Rhetorici libri*, o *De inuentione* (c. 90-88, a. C.), Cicerón había mostrado que la principal y más grande parte de la retórica es la invención, y de manera especial había enseñado la superior autoridad persuasiva de la persona sobre la capacidad de convencimiento que encierra el estilo del discurso en sí. En el *De oratore* (55, a. C.) se avergonzaría y desaprobaba aquella irresponsable obra de su niñez:

*aquellas cosas que, siendo nosotros niños o apenas adolescentes, escaparon inacabadas y rudas de nuestros apuntillos, apenas son dignas de esta edad y de esta práctica que hemos conseguido merced a tantas y tan grandes causas que hemos dicho*<sup>1</sup>.

En el *Orator*, en plena madurez y cargado de todo tipo de experiencias, aunque, sin duda porque este tratado estaba encaminado a defender el estilo del propio autor, da prioridad a la elocución, pero consolida aquella infantil enseñanza del *De inuentione*, acerca de la persuasión.

Esta idea de que el orador por sí mismo es superior al poder persuasivo de la palabra, patente en general en las obras retóricas

---

<sup>1</sup> *De or.*, I, 5: *quae pueris aut adulescentulis nobis ex commentariolis nostris incohata ac rudia exciderunt, uix sunt hac aetate digna et hoc usu quem ex causis, quas diximus, tot tantisque consecuti sumus* (las traducciones del *De oratore* son de Amparo Gaos, en Cicerón, *Acerca del orador*).

ciceronianas, se complementa de manera especial en el *Orator*. Pero de este escrito, si no se lee con cuidado, paradójica y más fácilmente, también podría inferirse que es, como ya dije, más importante el modo de la elocución. De hecho, a esta parte de la retórica Cicerón dedica ahí en el *Orator*, la mayor cantidad de sus explicaciones, con el propósito de defenderse del grupo de jóvenes oradores llamados aticistas que atacaban su estilo<sup>2</sup>. Sin embargo, ni el joven ni el adulto Cicerón están de acuerdo con tal forma de ver la retórica.

La consolidación de esa infantil enseñanza es lo que ahora, aquí, intentaré mostrar, o sea, que el orador ciceroniano, incluido él, vale más por sí mismo que por el poder persuasivo de la palabra que las técnicas retóricas puedan enseñarle.

Para lo cual, junto al análisis que hago del *Orator*, comento algunos pasajes de los *Rhetorici libri*, o *De inuentione*, y del *De oratore*, pues, contrariamente a lo que yo veo, muchos, llevados por la susodicha desaprobación ciceroniana de su escrito de la infancia, podrían creer que éstos representan modos de pensar esencialmente diferentes entre sí, por ser distantes los tiempos de su composición. Asimismo, añado un comentario a una carta del año 50, posterior al *De oratore* y anterior al *Orator*, At., V, XXI, porque me parece reveladora de la moral del Cicerón cincuentón, precisamente en el aspecto de la moral que aquí arguyo.

## 2. Menor importancia de la invención en el *Orator*

En cuanto al problema jerárquico de las partes de la retórica, en el *De inuentione*, al definir la retórica toma la invención como la

---

<sup>2</sup> Esto se entiende, si se recuerda que el *Orator* es la principal defensa contra los ataques al autor, de un grupo de oradores jóvenes, los aticistas, que acusaban al máximo representante de la elocuencia romana, de no haberse apartado lo suficiente de las maneras más degeneradas y corruptas del estilo asiático: a los aticistas les parecía flaco e invertebrado, demasiado redundante en palabras, excesivamente lleno de figuras y muy atento a los efectos del ritmo y de la sonoridad. Véase Narducci, *Introduzione a Cicerone*, p. 154.

principal, y, al concluir el tratado, como la primera y la máxima<sup>3</sup>. A ésta, el niño Cicerón sometía, sin dudar, la disposición, la elocución y la memoria, no la pronunciación, excepción que, por no venir al caso, no analizaré. Definía la disposición como la ordenada distribución de los argumentos hallados mediante la invención (*rerum inuentarum*); la elocución, como la acomodación de las palabras y sentencias idóneas, también de acuerdo con la invención (*ad inuentionem accomodatio*); la memoria, como la firme retención de argumentos y palabras, asimismo, según la invención (*ad inuentionem perceptio*)<sup>4</sup>. Es decir, de acuerdo con el niño Cicerón, el orador perfecto debía ser, si se me permite forjar el sustantivo activo del verbo “invenir”, un perfecto “invenidor”, para no decir equivocadamente “inventor”, de “inventar”.

A ese planteamiento hecho o aprendido en la infancia, ya en el *De oratore* se encuentra cierta oposición, planteada irónicamente por boca de Antonio, aunque esa ironía iba dirigida a toda “la ridiculísima” (*perridicula*)<sup>5</sup> doctrina retórica griega. El texto del *De oratore*, que ironiza a los griegos, es éste:

*Hacen cinco como miembros de la elocuencia: hallar qué decir; disponer las cosas halladas; luego, ornamentarlas con palabras; después, mandarlas a la memoria, y entonces, por último, accionarlas y pronunciarlas: cosa no recóndita en absoluto. ¿Quién, en efecto, no verá espontáneamente esto: que nadie puede decir, si no tiene qué cosa y con cuáles palabras y con cuál orden decir, y lo recuerda?*<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup> *Inu.*, I, 9 y II, 178: *quae princeps est omnium partium ... prima ac maxima parte rhetoricae.*

<sup>4</sup> *Inu.*, I, 9: *Inuentio est excogitatio rerum uerarum ac ueri similibus, quae causam probabilem reddant; dispositio est rerum inuentarum in ordinem distributio; elocutio est idoneorum uerborum et sententiarum ad inuentionem accomodatio; memoria est firma animi rerum ac uerborum ad inuentionem perceptio.*

<sup>5</sup> *De or.*, II, 77.

<sup>6</sup> *De or.*, II, 79: *quinque faciunt quasi membra eloquentiae, inuenire quid dicas, inuenta disponere, deinde ornare uerbis, post memoriae mandare, tum ad extremum agere ac pronuntiare; rem sane non reconditam; quis enim hoc non sua sponte*

Ciertamente al lado de la ironía dice no despreciar esos preceptos<sup>7</sup>, los cuales, en todo caso, ya se hallaban explicados y pulidos, y contenidos en innumerables buenos libros.

En el *Orator*, al contrario, la definición del orador perfecto y de la suma elocuencia parten del término mismo de *orator*, pues esta palabra indica la principal actividad de aquél, y ésta comprende las demás.

Esa principal actividad del orador es la oración; esto es, el discurso. Aunque el orador inviene argumentos, los dispone, los memoriza y los actúa, sin embargo no ha sido llamado *invenidor* o *compositor* o *actor*, sino *orador*. Y habrá quienes digan ser mejores en su capacidad de búsqueda; otros, en ordenamiento o en actuación; pero su elocuencia se reconocerá sólo en la oración. Éste es el texto del *Orator*, en que Cicerón abiertamente se opone a su propia tradición:

*Pero ya ha de expresarse la apariencia de aquel perfecto orador y la de la suma elocuencia. El nombre mismo indica que él sobresale por esto único, esto es, por la oración; que lo demás se esconde en eso; pues no ha sido llamado invenidor o compositor o actor quien ha abrazado todas estas cosas, sino, por hablar con elocuencia, ῥήτωρ en griego, y eloquens en latín; pues cada quien reivindica para sí alguna parte de las demás cosas que hay en el orador; empero, la máxima fuerza del decir, esto es, del hablar con elocuencia, se concede a éste solo<sup>8</sup>.*

---

*viderit, neminem posse dicere, nisi et quid diceret et quibus uerbis et quo ordine diceret haberet et ea miminisset?*

<sup>7</sup> *De or.*, II, 79: *haec ego non reprehendo.*

<sup>8</sup> *Or.*, 61: *Sed iam illius perfecti oratoris et summae eloquentiae species exprimenda est. Quem hoc uno excellere id est oratione, cetera in eo latere indicat nomen ipsum; non enim inuentor aut compositor aut actor qui haec complexus est omnia, sed et Graece ab eloquendo ῥήτωρ et Latine eloquens dictus est; ceterarum enim rerum, quae sunt in oratore, partem aliquam sibi quisque uindicat, dicendi autem, id est eloquendi, maxima uis soli huic conceditur.*

### 3. *La mayor fuerza del orador por sí mismo*<sup>9</sup> / *el poder persuasivo de la palabra*

*DE INVENTIONE.* Recordemos cómo de acuerdo con la teoría del exordio vista en el *De inuentione*, el orador debía aprender, por ejemplo, a no ser arrogante de sus propios actos y oficios, a evitar las acciones sucias, soberbias, crueles o maliciosas, y a evitar el uso arrogante e intolerable de su fuerza, poder, riquezas, parentesco o dinero<sup>10</sup>; se refiere al hombre virtuoso, y entiende como tal al que es honesto, a aquel hombre que es prudente, justo, fuerte, templado<sup>11</sup>.

No podía ser inepto, negligente, ignorante, desidioso o lujurioso. En fin, le era preciso ser hombre religioso, buen ciudadano, amante, respetuoso de la autoridad, juicioso, valiente, firme, sabio, apacible, alegre<sup>12</sup>.

A partir de tal manera de vivir con honestidad, el discurso no necesita esplendor o festividad o adorno, y no se da lugar a que se sospeche que las palabras están intencionalmente preparadas, de modo que el discurso resultará naturalmente persuasivo, porque así el orador alcanza la máxima confianza del oyente<sup>13</sup>.

*DE ORATORE.* En el *De oratore*, Antonio, refiriéndose en concreto a las partes del discurso, muestra irónicamente, aunque sin censurarlos<sup>14</sup>, cómo los preceptos retóricos no son funcionales. Él cree que el juez, en efecto, se hace benévolo hacia el orador durante el desarrollo del discurso, no en el exordio, cuando todo está por

<sup>9</sup> Para los orígenes de esta teoría, aristotélica sin duda, cfr. Arist., *Rhet.*, 1356 a, 12-13: κυριωτάτην ἔχει πίστιν τὸ ἦθος, “la moral lleva la fe más poderosa”.

<sup>10</sup> *Inu.*, I, 20-26.

<sup>11</sup> Esta es la definición de virtud: *uirtus est animi habitus naturae modo atque rationi consentaneus. Quamobrem omnibus eius partibus cognitis tota uis erit simplicis honestatis considerata.* Cfr. *Inu.*, II, 159, y 160-165.

<sup>12</sup> *Inu.*, I, 25 y 27.

<sup>13</sup> *Inu.*, I, 25.

<sup>14</sup> *De or.*, II, 81: *nec haec quidem reprehendo.*

oírse; se hace dócil, es decir, apto a la enseñanza, cuando el orador enseña y explica, no cuando promete que lo hará, y se vuelve atento, gracias, no a un primer enunciado, sino a la acción entera<sup>15</sup>.

Pero, notemos bien, esos preceptos se vuelven necesarios para aquellos oradores a quienes no asiste la verdad<sup>16</sup>. Los griegos, por ejemplo, en desdeñosas palabras de Craso, eran más deseosos de la contienda que de la verdad<sup>17</sup>; sin embargo, los interesados deben ver qué cosa quieren<sup>18</sup>, y de manera especial qué les conviene (*quid deceat*<sup>19</sup>). Este *quid deceat* del *De oratore* se refiere a la voz, a las fuerzas físicas, al aliento, a la lengua del orador; pero diez años después sería el eje del orador del *Orator*, como luego veremos.

Y más claramente el poder de la elocuencia es superado por el poder personal que se manifiesta en la sabiduría y en la fortaleza de los individuos. Según el *De oratore*<sup>20</sup>, nadie puede dar crédito, por ejemplo, a la niñería expuesta en el *De inuentione*<sup>21</sup>, acerca

<sup>15</sup> *De or.*, II, 82.

<sup>16</sup> *De or.*, II, 81: *hominibus expertibus ueritatis*.

<sup>17</sup> *De or.*, I, 47: *uerbi enim controuersia iam diu torquet Graeculos homines contentionis cupidiores quam ueritatis*.

<sup>18</sup> *De or.*, II, 84 y 85: *uideant quid uelint*.

<sup>19</sup> *De or.*, II, 85.

<sup>20</sup> *De or.*, I, 36: *Quis enim tibi hoc concesserit aut initio genus hominum in montibus ac siluis dissipatum non prudentium consilii compulsum potius quam disertorum oratione delentum se oppidis moenibus saepsisse? Aut uero reliquas utilitates aut in constituendis aut in conseruandis ciuitatibus non a sapientibus et fortibus uiris, sed a disertis ornateque dicentibus esse constitutas?* I, 74: *quae ego uellem non esse oratoris, concederes, et ea ipsa nescio quo modo rursus detorqueres atque oratori propria traderes*. Desde luego, para profundizar esta discusión acerca de todos los tópicos que aborda el *De oratore*, habría que hacer todo el análisis *in utramque partem* de este diálogo; sin duda, las conclusiones serían más amplias; pero en cualquier forma resulta obvio que cada uno de los interlocutores representa coincidentemente el pensamiento ciceroniano en algunos puntos, y estos puntos de coincidencia serían los que de modo más fiable nos dieran el retrato retórico del autor del *De oratore*.

<sup>21</sup> *Inu.*, I, 2-4.

de que las ciudades hayan sido fundadas por hombres disertos y de un decir adornado, sino por hombres fuertes y sabios.

Juzguemos tan sólo, dice Escévola<sup>22</sup>, si Rómulo congregó a aquellos primeros habitantes de Roma, o hizo aquellos matrimonios con las sabinas, o venció a sus vecinos, mediante la elocuencia o mediante su sabiduría y fuerza; tampoco son vestigio de elocuencia los hechos de Numa Pompilio<sup>23</sup>, Servio Tulio<sup>24</sup>, o Lucio Bruto<sup>25</sup>, sino de sabiduría y valor<sup>26</sup>.

El padre de los Gracos era un hombre prudente y de gran autoridad en la ciudad, pero de ninguna manera elocuente, y precisamente, no por discursos preparados, sino gracias puramente a su gesto y su palabra, la República conservó a salvo sus instituciones, a salvo, desde luego, a partir del punto de vista conservador ciceroniano<sup>27</sup>.

<sup>22</sup> *De or.*, I, 37.

<sup>23</sup> Numa Pompilio era tan sabio, que “para moralizar de placentero e insensible modo a la juventud utilizó cantos”. A él se atribuyen la constitución de leyes y la descripción del calendario en diez meses, así como la erección de muchos templos.

<sup>24</sup> Servio Tulio sometió a los sabinos; agregó a la ciudad tres montes, el Quirinal, el Viminal y el Esquilino; fue el primero en llevar a cabo un censo, el cual dio por resultado 83,000 ciudadanos, incluidos los campesinos.

<sup>25</sup> Lucio Bruto fue el fundador de la República, ya que después de la violación y sacrificio de Lucrecia, concitó al pueblo para arrebatar el imperio a Tarquinio el Soberbio.

<sup>26</sup> *De or.*, I, 37. Asimismo, “Cicerón juzgaba necesario que en su rediviva república el senado ostentara de nuevo el papel preponderante, con tal de que, para conservar su inicial cualidad de aristocracia del talento, a él fueran llamados no los varones que tuvieran prestigio por su prosapia o poder por sus riquezas o su fértil astucia, sino aquellos otros a quienes su inteligencia y su virtud hubieran hecho merecedores de ese universal reconocimiento, casi rayando en la veneración, que solía tributarse a aquel Escipión que preclaramente dirigió a su patria en los tiempos de las últimas guerras púnicas, haciendo que el pueblo romano triunfara, resplandeciente por «sus óptimas costumbres y máxima concordia»”. Cfr. Gaos, *Cicerón y la elocuencia*, pp. 84-85.

<sup>27</sup> Respecto a la opinión sobre el padre de los Gracos, cfr. *De or.*, I, 38: *Quorum pater, homo prudens et grauis, haudquaquam eloquens, et saepe alias et maxime censor salutis rei publicae fuit: atque is non adcurata quadam orationis copia, sed nutu atque uerbo libertinos in urbanas tribus transtulit, quod nisi fecisset, rem publicam, quam nunc uix tenemus, iam diu nullam haberemus.* En cuanto al punto de

Y a los hijos de aquel hombre prudente y poderoso, especialmente preparados en las artes de la retórica para que ejercieran el gobierno de la ciudad a través de la elocuencia, al contrario, sin negar que eran realmente disertos, Cicerón los consideraba destructores de aquella república que su padre les había entregado floreciente y próspera<sup>28</sup>.

En contra, sin duda, puede argüirse la poca simpatía que Cicerón sentía hacia los hermanos Graco, Tiberio y Cayo, y esto, al parecer, es irrefutable; pero no deja de ser ésta una prueba más del superior valor persuasivo de la persona en sí misma, si se compara con su discurso. De hecho, Cicerón admira el discurso de esos famosos hermanos, pero se libra del convencimiento<sup>29</sup> por no aprobar su conducta.

*At.*, V, XXI. Antes de pasar al *Orator*, me parece oportuno comentar aunque brevemente una carta del año 50, *At.*, V, XXI, la cual, como ya dije, sigue al *De oratore* y precede al *Orator*. En ese escrito, entre las alabanzas a su amigo Ático, Cicerón habla del estado en que se hallaba la guerra contra los partos durante su administración proconsular, de su temor de no recibir el permiso para abandonar la provincia que entonces gobernaba, del problema que tenía con Bruto. Las palabras que me parecen importan-

---

vista conservador de Cicerón, al parecer a éste no le afectaban los problemas cotidianos de la gente, el bienestar de los ciudadanos; no me refiero a los grandes asuntos de la república, ya que soñaba con “lograr que los ciudadanos volvieran a ser dignos de sus nobles antepasados”, que eran inferiores en placeres, y de ningún modo superiores en dinero (cfr. Gaos, *Cicerón y la elocuencia*, pp. 81-82), y, desde luego, nunca estuvo de acuerdo con las reformas agrarias de los Gracos, y siempre se opuso a las acciones de César, al grado de que, so pena de exilio, se negó a formar parte de los *decemviri* que se encargarían del reparto de tierras.

<sup>28</sup> *De or.*, I, 38: *At uero eius filii disertí et omnibus uel naturae uel doctrinae praesidiis ac dicendum parati, cum ciuitatem uel paterno consilio uel auitis armis florentissimam accepissent, ista praeclara gubernatrice, tu ais, ciuitatum eloquentia rem publicam dissipauerunt.*

<sup>29</sup> A propósito de esta idea de “librarse del convencimiento”, cfr. Arist., *Rhet.*, y mi artículo “Convencer o no convencer... Ése no es el problema... Sino convencer de no convencer”, en *Uitillaje*, enero, 1998, pp. 32-35.

tes son aquellas con que Cicerón agradece y reprocha a la vez, con varios argumentos *ex persona nostra*, la conducta de su influyente amigo Ático por haber tomado decisiones que en su momento no serían correctas:

*Te amo mucho porque respondiste a M. Octavio que tú no pensabas como él. Pero en adelante no des por decidido lo que no habrá de ser recto. Pues nosotros, bien firmes por propio impulso y, por dios, inflamados por tu autoridad (esto tú lo descubrirás así), hemos vencido a todos no sólo por la abstinencia sino también por la justicia, por la buena disposición y por la clemencia. No pienses que los hombres alguna vez admiraron otra cosa más que el hecho de que, mientras yo tenía la provincia, no se haya gastado ni un teruncio<sup>30</sup> en la administración pública ni en alguno de los míos, excepto en el comisionado L. Tulio. Éste normalmente no pedía dinero; pero una vez, estando de viaje al amparo de la ley julia, hace que yo lo dé para un día, no como otros solían para todos los pueblos (además de él una vez, nadie recibió). Digo que no se ha hecho ningún teruncio de gasto. Además de él, nadie recibe. Esta sociedad la recibimos de Q. Titinio.<sup>31</sup>*

De este texto sobresalen tres lugares: primero, antes de tomar una decisión o dar consejo acerca de algo, ha de preverse su rectitud. Segundo, por encima de todas las cosas, los hombres admiran la honestidad; en este caso, la de los gobernantes que no toman dinero para sí o para los suyos. Tercero, Cicerón “venció a

---

<sup>30</sup> Moneda romana equivalente a un cuarto de as; en sentido metafórico, cinco centavos mexicanos, un quinto, nada.

<sup>31</sup> *At., V, XXI, 5: multum te amo quod respondisti M. Octavio te non putare. Sed posthac omnia quae recta non erunt pro certo negato. Nos enim et nostra sponte bene firmi et me hercule auctoritate tua inflammati uicimus omnis (hoc tu ita reperies) cum abstinentia tum iustitia, facilitate, clementia. Caue putes quicquam homines magis unquam esse miratos quam nullum terruncium me obtinente prouinciam sumptus factum esse nec in rem publicam nec in quemquam meorum praeter quam in L. Tullium legatum. Is ceteroqui abstinens sed Iulia lege transitans, semel tamen in diem non ut alii solebant omnibus uicis (praeter eum semel nemo accepit), facit ut mihi excipiendus sit, cum terruncium nego sumptus factum. Praeter eum accepit nemo. Has a nostro Q. Titinio sordis accepimus.*

todos” porque se abstenía del enriquecimiento ilícito, por su espíritu de justicia, por su buena disposición y clemencia; nunca por la elocuencia, la cual hoy en día es paradójicamente lo que más se le admira, si no es que muchas veces lo único.

*Orator.* Ahora bien, en el *Orator*, la obra retórica de mayor madurez y experiencia<sup>32</sup>, en cuanto a esta idea de la superioridad persuasiva del hombre íntegro sobre el estilo del discurso, podemos ver, por ejemplo, que quienes se han educado en las artes retóricas, oportuna y estratégicamente las encubren, aun cuando éste no sea el caso de Cicerón<sup>33</sup>, e intentan parecer de habla natural, para no perder la confianza de los oyentes<sup>34</sup>.

Para Cicerón será elocuente aquel que en el foro y en las causas civiles diga de tal modo que de necesidad pruebe sutilmente, que por suavidad deleite con moderación, y que para alcanzar la victoria doblegue con vehemencia. En eso está toda la fuerza del orador<sup>35</sup>, y ésta, a su vez, descansa en la sabiduría y la virtud, de modo que el orador no puede ser un hombre no sabio o no virtuoso, ya que lo conveniente, lo decoroso, el *quid deceat* del *De oratore* es lo más difícil de encontrar en cualquier circunstancia de la vida. De Platón, Cicerón acepta que Isócrates es superior a Lisias, no sólo porque es de mayor ingenio, sino por su índole hacia la virtud también mayor<sup>36</sup>, y dice ahora aquí en el *Orator*:

---

<sup>32</sup> En un trabajo aparte, resultaría interesante demostrar, contra Francesco Arnaldi, que el *Orator* no es “il più superficiale e il meno originale dei trattati retorici” de Cicerón, dicho esto por cierto en una de las mejores síntesis biobibliográficas ciceronianas que he leído.

<sup>33</sup> *Or.*, 146: *ego semper me didicisse prae me tuli.*

<sup>34</sup> *Or.*, 145: *eloquentiam autem illi ipsi qui consecuti sunt tamen ea se ualere dissimulant, propterea quod prudentia hominibus grata est, lingua suspecta.*

<sup>35</sup> *Or.*, 69: *in quo uno uis omnis oratoris est.*

<sup>36</sup> *Or.*, 41: *Isocrates ... maiore mihi ingenio uidetur esse, quam ut cum orationibus Lysiae comparetur, praeterea ad uirtutem maior indoles.*

*la sabiduría es el fundamento de la elocuencia, así como de las demás cosas. Pues, como en la vida, así en la oración, nada es más difícil que ver qué es decoroso*<sup>37</sup>.

Y, de hecho, asegura que, como muchos tienen río de palabras pero volubilidad en el corazón<sup>38</sup>, ignorar el *quid deceat* llevaría a los hombres a cometer errores no sólo en el discurso, el cotidiano o el preparado, sino en la vida misma y aun en la poesía.<sup>39</sup>

¿Dónde o cómo encontrar el decoro del habla, ya sea escrita o entonada? Quien habla o escribe<sup>40</sup>, decía Cicerón, debe conocer la fortuna, el honor, la autoridad, la edad, la época, el lugar, el tiempo, en fin, a los distintos oyentes y todas sus circunstancias, y tratar a cada uno y cada circunstancia con distinto género de palabras y de sentimientos, pues, repite, siempre ha de considerarse qué es lo decoroso en todas las partes de la oración y en la vida misma, y esto no sólo por lo que respecta al oyente, sino también en cuanto al orador<sup>41</sup>.

Así, me parece que en cada tipo de discurso y en cada parte de discurso, siempre hay que reflexionar qué puede ser conveniente o decoroso, y qué no, pero que esto, lo conveniente, lo decoroso, es invisible y no fácilmente definible, y se encuentra en la relación de cada persona que habla y de cada persona que escucha.

A todos parecería por demás indecoroso, si no es que ridículo, que alguien, en verso, o con amplísimas palabras, pidiera reparar las goteras del techo de su dormitorio, o alabara la soberanía del pueblo con frases humildes y sutiles<sup>42</sup>.

<sup>37</sup> *Or.*, 70: *est eloquentiae sicut reliquarum rerum fundamentum sapientia. Vi enim in uita sic in oratione nihil est difficilius quam quid deceat uidere.*

<sup>38</sup> *Or.*, 53: *flumen aliis uerborum uolubilitasque cordi est.*

<sup>39</sup> *Or.*, 70: *et res est cognitione dignissima; huius ignoratione non modo in uita sed saepissime et in poematis et in oratione peccatur.*

<sup>40</sup> *Or.*, 40: *partim in dicendo partim in scribendo.*

<sup>41</sup> *Or.*, 71: *de qua agitur, positum est, et in personis et eorum qui dicunt et eorum qui audiunt.*

<sup>42</sup> *Or.*, 72: *quam enim indecorum est, de stillicidiis cum apud unum iudicem dicas, amplissimis uerbis et locis uti communibus, de maiestate populi Romani summis et subtiliter.*

El poeta, al igual que los pintores, debe siempre buscar lo decoroso, pues es sujeto de error, si pone palabras de sabio en boca de tontos o facinerosos<sup>43</sup>. Respecto a los pintores, Cicerón analiza un famoso cuadro, la *Inmolación de Ifigenia*, del pintor griego Timantes<sup>44</sup>. En este cuadro, su creador reproduce triste al adivino Calcas; más triste, a Ulises; apesadumbrado a Menelao; pero, para evitar el error, a Agamemnon lo pinta envuelto de la cabeza, porque no había pincel humano que pudiera imitar el dolor que reflejaba el rostro de aquel que fuera padre de la víctima y verdugo a la vez<sup>45</sup>.

Algo muy importante del discurso retórico en Roma, que pudiera reforzar esta sugerencia, es que el ejercicio de la oratoria era un espectáculo en que se representaban hechos de la vida real, fueran causas civiles o cuestiones de la república que se actuaban en el foro<sup>46</sup>. El actor principal era el orador, quien sabía bien que sus espectadores, u oyentes, a su vez sabían bien que una oración adornada iba llena de asechanzas contra ellos.

Debemos de entender que el público asistía a esos espectáculos de la vida, preparado a no dejarse convencer, pero que corría ese riesgo por el deseo de la diversión. Había oyentes que no temían que su fe se viera amenazada por aquellas asechanzas del discurso

<sup>43</sup> *Or.*, 74: *qui peccat etiam, cum probam orationem affingit improbo stultoue sapientis.*

<sup>44</sup> Ifigenia, hija de Clitemnestra y Agamemnon, y hermana de Electra y Orestes, debía ser sacrificada por su propio padre, para aplacar los vientos contrarios que impedían la salida de las naves hacia Troya. Agamemnon obedeció el mandato divino que le había transmitido el adivino Calcas; pero cuando iba a consumir el sacrificio, la misma Artemis sustituyó a Ifigenia por una cervatilla, y la transportó desde aquel puerto de Aulis hasta la región de Tauro, donde la constituyó en sacerdotisa de su templo.

<sup>45</sup> *Or.*, 74: *quoniam summum illum luctum penicillo non posset imitari.*

<sup>46</sup> Recuérdese cómo en Albino, aunque esto más tarde, se describen las formalidades de los juicios: el juez, con el cetro de la equidad, ocupaba el tribunal; delante de él, el acusado, o causa; a la izquierda de la causa, el acusador, armado con un puñal (la malicia); a la derecha, el defensor, con el escudo de la piedad, y atrás, los testigos, con la tuba, como símbolo de la verdad. Véase mi libro *Límites de la retórica clásica*, pp. 110-111.

compuesto a propósito, y entonces, esos oyentes no temerosos, audaces diría yo, no ponían, a su vez, asechanzas al orador, sino que le eran favorables, y querían que continuara su discurso, pues admiraban su fuerza del decir y no buscaban qué cosas reprehenderle<sup>47</sup>; incluso le tenían gratitud por el placer que proporcionaba a sus orejas<sup>48</sup>. El *Panatenáico* de Isócrates, por ejemplo, se escribió no para el certamen de los juicios, sino para placer de las orejas<sup>49</sup>, y este placer de las orejas del pueblo<sup>50</sup> será sin duda un terrible motor en la elocuencia. Pues se daba una lucha entre orador y oyente. El orador, en clase de retórica, aprendía que los adornos en la oración podían apartar el dolor de la acción, privarlo a él mismo del humano sentido del actor; quitar, desde lo profundo, la verdad y la fe.

Imperaban, pues, el placer de las orejas, la verdad y la fe. El orador debía crear ese placer con una industria imperceptible<sup>51</sup>, y el oyente podía recibirlo o no, en todo caso sin compromiso. Pero este compromiso era el objetivo del discurso retórico, y este compromiso consistía en la persuasión, y ésta solamente podía hacerse en la verdad o en algo semejante a ella, siempre y cuando esa semejanza de verdad contuviera la verdad misma. Dice Cicerón:

*hasta ahora ni aun en los máximos asuntos he hallado algo más firme que yo retuviera o mediante lo cual dirigiera mi juicio, que aquello que me parecía lo más semejante a la verdad, ya que lo verdadero mismo, sin embargo, se escondía en lo oculto*<sup>52</sup>.

---

<sup>47</sup> Or., 210: *cum is qui audit ab oratore iam obsessus est ac tenetur. Non enim id agit ut insidietur et obseruet, sed iam fauet processumque uult dicendique uim admirans non anquirit quid reprehendat.*

<sup>48</sup> Or., 208: *nam cum is est auditor qui non uereatur ne compositae orationis insidiis sua fides attemptetur, gratiam quoque habet oratori uoluptati aurium seruienti.*

<sup>49</sup> Or., 38.

<sup>50</sup> Or., 237: *in hac modo re, quae ad uulgi adsensum spectet et ad aurium uoluptatem.*

<sup>51</sup> Or., 197: *minime animaduertetur delectationis aucupium.*

<sup>52</sup> Or., 237: *sed ne in maximis quidem rebus quicquam adhuc inueni firmitus,*

Esa verdad, aristotélica en última instancia<sup>53</sup>, es la verdad del habla, provista de artificios persuasivos, cuyo cuerpo, acaso un mero fantasma, hoy apenas podemos percibir tras el velo de la diurnidad de las obras clásicas latinas.

Para que me quedara menos oscura esa oculta y umbrosa verdad retórica, recurrí a dos grandes autoridades: Homero y Virgilio. Por el primero, Odiseo, queriendo escuchar el canto de las sirenas, se ató al mástil para evitar la seducción, y por el segundo, Eneas, con dichos suaves y aun con lágrimas, pretendía suavizar a Dido en el inframundo; pero ella, con los ojos fijos en el suelo, no quiso mirarlo a la cara, no quiso escuchar sus palabras; no aceptó el reto del placer de las orejas; no estuvo dispuesta a exhibir su vieja verdad, la de ellos dos, y sufrirla de nuevo. Dice Virgilio:

*Ella, vuelta el rostro, en el suelo fijos los ojos tenía,  
y no más por el discurso iniciado se mueve su rostro*<sup>54</sup>.

Dido tenía otra verdad: los brazos, los cuidados y el amor de su primer esposo, a quien, libre de engaños, disfrutaba en el umbroso bosque.

#### 4. Conclusión

Entonces, Cicerón, según su juicio en el *Orator* y según el mío, el máximo representante de la oratoria latina, en la madurez cambia su infantil forma de pensar en asuntos de poca importancia, como es el de considerar la invención en primer lugar con respecto de las

---

*quod tenerem aut quo iudicium meum dirigerem, quam id quodcumque mihi quam simillimum ueri uideretur, cum ipsum illud uerum tamen in occulto lateret.*

<sup>53</sup> Cfr. también Arist., *Rhet.*, 1355 a, 21-22: χρήσιμος δέ ἐστιν ἡ ῥητορικὴ διὰ τὸ τὸ φύσει εἶναι κρείττω ἀληθείῃ καὶ τὰ δίκαια τῶν ἐναντίων, “la retórica es útil porque por naturaleza la verdad y la justicia son más fuertes que sus contrarios”.

<sup>54</sup> Virg., *En.*, VI, 467-468: *Illa solo fixos oculos auersa tenebat, / Nec magis incepto uultum sermone mouetur* (la traducción es de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, *Eneida*).

otras partes de la retórica, o incluso darse el lujo de mirar con desdén las particiones retóricas, en pleno dominio de esa ciencia, como si realmente fueran lecciones que el individuo recibe gratuitamente de la naturaleza.

Sin embargo, y esto es lo que me asombra, no modifica su infantil actitud ante algo más profundo, como era su concepción de orador, la moral de éste; aprendió, se convenció y practicó la mejor forma de persuadir: el ejemplo de una vida total.

De hecho, la máxima prueba de su teoría descansa, no en los discursos que pronunció a lo largo de su vida profesional o política, como serían aquellos contra Verres o Catilina, o en favor de Pompeyo, o de César, o de Roscio, todos los cuales él mismo aduce como el modelo para los jóvenes aticistas de su época. La prueba máxima de su teoría, repito, descansa no en esos discursos tan alabados por su propio autor en el *Orator*, sino en la lucha que emprende contra Antonio, pugna de la cual surgen las oraciones, sin lugar a la menor duda, más auténticas, más simplemente humanas, más ciceronianas. Bastaría leer la primera, o mejor aun la segunda, que todos conocemos como la reina de las Filípicas, para darnos cuenta de que no hay ahí simples palabras ordenadas sobre la base de una ciencia del estilo, sino el reflejo de toda una vida entregada al estudio que en él hizo, de la retórica, un acto reflejo, y ciertamente, en palabras del profesor Arnaldi, “da questo momento comincia il periodo eroico de la vita di Cicerone”.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES, *Retórica*, versión de Antonio Tovar, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1971.
- ARNALDI, FRANCESCO, “Cicerone, Marco Tulio (*Marcus Tullius Cicero*)”, *Enciclopedia italiana*, Roma, 1950.
- BORNECQUE, “Le texte de l’*Orator*”, *RPh*, 27, 1903, pp. 154-157.
- CALBOLI, “La formazione oratoria di Cicerone”, *Vichiana*, 2, 1965, pp. 3-30.

- CICERÓN, *De la invención retórica*, intr., trad. y nts. Bulmaro Reyes Coria, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1997.
- , *Acerca del orador*, intr., trad. y nts. Amparo Gaos Schmidt, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2 vols., 1995.
- , *El orador perfecto*, intr., trad. y nts. en preparación por Bulmaro Reyes Coria (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- , *Cartas a Ático*, intr., trad. y nts. Juan Antonio Ayala, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 3 vols., 1976.
- GAOS SCHMIDT, Amparo, *Cicerón y la elocuencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- , *Acerca del orador*. Véase Cicerón
- GILLELAND, “The development of Cicero’s ideal orator”, *Studies Ullman*, Roma, 1964, pp. 91-98.
- GLUCKER, John, “Some passages in Cicero’s «Orator»”, *Giornale italiano di filologia*, XXVI, 1974, pp. 170-179.
- GRANT, W. L., “Cicero on the moral character of the orator”, *The Classical Journal*, 1943, pp. 472-478.
- MAGNINO, Domenico, “Note e discussioni. A proposito di una nuova edizione dell’*Orator*”, *Athenaeum*, 61, I-II, 1983, pp. 233-236.
- NARDUCCI, Emanuele, *Introduzione a Cicerone*, Roma, Laterza, 1992.
- PEDRAZ, J., “Formación oratoria de Cicerón”, *Humanidades*, IV, 1952, pp. 104-126.
- REYES CORIA, Bulmaro, *La retórica en La partición oratoria de Cicerón*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas (Serie didáctica, 12), 1987.
- , *Límites de la retórica clásica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas (Serie didáctica, 16), 1995.
- , “Retórica ciceroniana: arte de vida”, *Noua tellus*, 13, 1995, pp. 71-79.
- , *Arte de convencer: lecciones ciceronianas de oratoria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas (Manuales didácticos, 6), 1998.
- ROSALIA, De, “Condizione umana dell’oratore ciceroniano”, *Annali del Liceo G. Garibaldi*, Palermo, 1972-1973, pp. 121-152.
- VIRGILIO, *Eneida*, intr., vers. rít. y nts. Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1972.